

rrespondientes no se asocian indisolublemente en nuestro espíritu. Así, aunque toda materia sea resistente, esta cualidad es muy poco perceptible en los cuerpos gaseiformes, de lo que resulta que una masa de vapor de agua ó de humo, presenta la forma de un cuerpo sin ofrecer una resistencia apreciable. Además, ciertos fenómenos luminosos realizan formas corporales *sine materia*, de todo lo cual resulta que nuestro espíritu pueda concebir formas corporales que no ofrezcan resistencia como sucede con las ideas de sombras, de fantasmas, de espectros.

## SEGUNDO GRUPO.

## SOFISMAS LOGOLOGICOS.

§ 1.—Los sofismas logológicos forman el segundo grupo de nuestra clasificación, son un vasto conjunto de falacias que provienen del lenguaje, violando ya las doctrinas de la Logología, ya los preceptos que se derivan de ellas. Subdividiremos el grupo en otros cuatro: el primero, que denominaremos sofismas puramente verbales, consiste en interpretar mal la significación de las palabras; el segundo, que llamaremos sofismas de equivalencia, consiste en infringir los preceptos de la inferencia inmediata; el tercero, que denominaremos sofismas de incompatibilidad, consiste en violar las reglas que marcan cómo y hasta qué punto una proposición excluye á otra; y el cuarto, á que daremos el nombre de sofismas silogísticos, comprende todós aquellos que resultan de no observar las reglas del silogismo.

A la cabeza de los sofismas puramente verbales colocaremos el que fué conocido desde la antigüedad con el nombre de sofisma de anfibología, ó de palabras equívocas; tal falacia fué clasificada por Mill entre los sofismas de confusión, es una de las más frecuentes, y consiste en considerar como una misma cosa las dos, ó más acepciones, que tenga una palabra general, induciéndonos á un raciocinio vicioso, en el cual en una parte de él se emplea la palabra equívoca ó ambigua en un sentido, y en otra en otro, y se concluye como si los dos sentidos fuesen uno solo.

En las ciencias perfectamente constituidas como en Matemáticas, sobre todo, y en Física, Química y Ciencias Biológicas, en que las voces técnicas han sido cuidadosamente definidas y expurgadas de toda anfibología ó equívoco, hay muy poco peligro de incurrir en este sofisma. No sucede lo mismo en las ciencias morales y políticas, en que las palabras tienen frecuentemente más de un sentido, corriendo el argumentador el riesgo de confundir una acepción con otra.

Mill cita como ejemplo de esta falacia, el siguiente argumento de Descartes, para probar la existencia de Dios: "La idea (dice Descartes) de un ser infinito prueba la existencia real de este Ser, porque si Ser tal no existiese, yo no me hubiera formado idea de él, pues si esa idea la hubiera forjado yo mismo, también podría no forjámela, lo cual no es verdad; debe, pues, existir fuera de mí un arquetipo del cual provenga esta idea. En este argumento (que como se puede notar, probaría también la existencia de los espíritus y de los hechiceros) el término ambiguo es el pronombre *yo*, que significa en una parte *mi voluntad*, y en otra *las leyes de mi naturaleza*. Si la idea que existe en mi espíritu no tuviese un modelo exterior, la conclusión legítima sería esta: que la he formado yo mismo, es decir, que las leyes de mi naturaleza la produjeron espontáneamente, mas no se concluiría que esa idea fué obra de mi voluntad. Cuando Descartes agrega que no puedo dejar de formar la idea de Dios, quiere decir que no puedo arrojarla de mi espíritu por obra de mi voluntad. No puedo dejar de formar la idea de Dios, como tampoco puedo dejar de formar otra, porque una vez que se ha producido una idea no la puedo hacer desaparecer por una simple volición, pero lo que ciertas leyes de mi naturaleza han producido, lo pueden borrar, y en efecto lo borran, otras leyes, ó las mismas obrando en otras circunstancias."

La palabra *mismo* ha desempeñado y desempeña un papel importante en la genesis del sofisma que estudiamos; unas veces la palabra *mismo* significa que se trata de una sola persona ó cosa, otras veces quiere decir que se trata de dos objetos tan semejantes, que podrían tomarse por uno solo; distinción que habían hecho los escolásticos oponiendo lo que es *lo mismo* en cuanto al número, á lo que es *lo mismo en cuanto á la especie*. La palabra abstracta *identidad*, sinónima de la pala-



bra *mismo*, ofrece igual ambigüedad, como lo hicimos notar desde la primera parte de esta obra.

Cuando se dice que el traje de Pedro está hecho del mismo paño que el traje de Juan, no se quiere decir que la misma porción de tela que sirvió para hacer el uno haya servido también para hacer el otro, pues el absurdo saltaría á la vista, comprendiéndose que la dicha palabra es usada en cuanto á la especie, que se trata de un paño tan semejante al otro que no es posible distinguirlos, y se pueden tomar por el mismo paño; mientras que cuando afirmamos que el traje de Pedro, fué hecho por el mismo sastre que hizo el de Juan, el vocablo *mismo* se usa en cuanto al *número*, pues se refiere á una sola persona.

Ahora bien, en los asuntos sutiles y difíciles en que el hilo del raciocinio tiene que sufrir diversas inflexiones, fácil es que el pensador se descuide, y que de lo argüido tomando la palabra *mismo* en cuanto á la especie, se concluya como si se hubiere tomado en cuanto al *número* y recíprocamente.

Citaremos dos ejemplos de este sofisma; uno trivial y artificioso, forjado adrede en nuestro magín; otro serio, y que sobre cuestión capital discurrió un gran filósofo.

Si digo: Ud. es hoy el mismo que era hace veinte años, y como entonces era usted un niño, infiero que es usted un niño. Aquí la palabra *mismo*, usada en el cuerpo del argumento, se emplea en cuanto al *número*, significa una sola persona, y en la conclusión significa una gran semejanza, ó lo que es lo mismo, es usada en cuanto á la especie.

El filósofo irlandés Berkeley discurrió, para probar la existencia de Dios, un argumento que tenía por irrefutable. Las ideas sólo pueden residir en los espíritus, yo tengo en un momento dado cierta idea; pasado un rato la olvido, pero al día siguiente vuelvo á tener la misma idea; mientras esa idea no estuvo en mí, ha de haber estado en alguna parte, y como las ideas sólo pueden estar en los espíritus, se infiere que ha de haber algún espíritu universal, donde moren ó niden las ideas cuando no están en nosotros, y ese espíritu es Dios.

En este ejemplo la palabra *mismo* se ha usado significando la gran semejanza, pues cuando se dice que cierto día tuve la misma idea que la víspera, se habla de dos ideas tan parecidas que fingen ser una, y no de una sola idea. Con un argu-

mento semejante al de Berkeley se podía probar que existe un pulmón universal, donde residen las pulmonías cuando no nos afligen, pues podía decirse: Las pulmonías sólo pueden residir en los pulmones, yo tuve una hace un año, y acabo de padecer la misma enfermedad, y como ésta ha de haber residido en alguna parte mientras no estaba en mí, y esta parte sólo puede ser un pulmón, infiero que ha de haber un pulmón universal.

Una de las doctrinas más sutiles y artificiosas, formuladas durante el reinado de la escolástica, era la relativa á las formas substanciales ó substancias segundas de los cuerpos, dimanada del realismo de Platón, aceptado con ciertas modificaciones por Aristóteles. Tal doctrina conocida también con el nombre de individualización de la substancia, consistía fundamentalmente en esto: un cuerpo dado, por ejemplo, la moneda de plata que tengo en la mano, además de su substancia propia é individual, á la que debe su forma redonda, su peso y todos sus detalles en fin, posee una segunda substancia, que es la de la plata, metal que la compone.

Tal doctrina puede presentarse también como ejemplo del sofisma que consideramos. De que los cuerpos tengan los mismos atributos genéricos, mas tomando el vocablo en el sentido de *semejanza*, se infería que esa comunidad de atributos se deriva de la presencia de una *misma* substancia, es decir, de una sola substancia, tomando en esta vez la palabra *mismo* en cuanto al *número*.

La palabra *infinito* es también fecunda en sofismas de ambigüedad procedentes del diverso sentido, ó propósito con que suele emplearse el vocablo. Mill en su magistral obra llamada "La Filosofía de Hamilton" llega á este resultado, que lo infinito debe ser entendido como expresando una magnitud mayor que cualquiera otra magnitud dada, concebible ó imaginable; así es como usamos tal dicción cuando decimos que el espacio es infinito, que dos paralelas permanecerán á la misma distancia, aunque se prolonguen hasta lo infinito, que una asíntota no se pondrá en contacto con su curva, aun prolongándolas hasta el infinito, que una serie de fracciones cuyo numerador sea la unidad, y su denominador las potencias crecientes de diez, disminuirá hasta lo infinito, pero sin reducirse á cero.



Ahora bien, la palabra *infinito* puede usarse, ó para expresar que una magnitud es divisible hasta el infinito, ó para significar que es infinita, y es común confundir dos acepciones tan distintas sin embargo.

Pudiera antojársele á alguno probar que los cuerpos tienen un volumen infinito, en razón de que es infinito el número de sus átomos. Aquí la voz significa la primera vez magnitud infinita, y la segunda divisibilidad al infinito, y el argumento confunde sofisticamente una acepción con otra, concluyendo que lo que es cierto en una de ellas es también cierto en la otra. Argumentando de la misma manera podría pretenderse probar que una distancia de un metro, por ejemplo, necesitaría ser recorrida en un tiempo infinito, cualquiera que fuera la velocidad del móvil, fundándose en que esa distancia se compone de una infinidad de partes, es decir, confundiendo lo infinito en magnitud, con lo divisible hasta lo infinito de cualquiera magnitud.

Cabalmente en esta confusión consistía el célebre sofisma de Aquiles y la tortuga, discurrido por el sutil ingenio de los griegos, y cuya explicación vislumbró por primera vez Hobbes y formuló perfectamente Mill

Se supone que Aquiles, el de los piés ligeros como le llama el buen Homero, camina con una velocidad diez veces mayor que la de una tortuga, y se pretende probar que si la tortuga lleva alguna ventaja, por pequeña que sea, Aquiles no la alcanzará nunca. Se arguye así: supongamos que el quelonio tenga diez metros de ventaja, cuando Aquiles los recorra la tortuga habrá recorrido un metro, cuando Aquiles haya caminado un metro la tortuga habrá caminado un decímetro, cuando éste recorra el decímetro la tortuga llevará un centímetro de delantera, de modo que Aquiles nunca la podrá alcanzar.

Como se ve, de que la distancia, que separa á Aquiles de la tortuga, sea sucesivamente divisible hasta lo infinito por el número que representa la razón geométrica de las velocidades respectivas, se infiere que es infinito el tiempo necesario para recorrer esa distancia.

En los sofismas por ambigüedad cabe también el que designaron los escolásticos con el nombre de tránsito del sentido colectivo al distributivo, en el cual, de que una voz sea cierta

colectivamente hablando, se infiere que lo será también si la voz se usa en sentido distributivo, como si refiriéndonos á la especie humana y diciendo: el hombre es inmortal, se arguyese como si hubiésemos dicho: cada hombre es inmortal.

Entre los sofismas puramente verbales ocupan un lugar muy importante los que consisten en atribuir á las palabras abstractas una significación, que postule ó suponga que la cualidad, por ellos designada, existe independientemente de las cosas concretas que poseen tal cualidad. Error característico del realismo.

Las palabras negativas cuando se interpreta mal su significación, dan también lugar á sofismas que pueden igualmente ser considerados como sofismas de relatividad, de que ya se habló en el grupo fundamental anterior, el de los sofismas nociológicos.

§ 2.—La segunda de las clases en que subdividimos las falacias logológicas, clase que designamos con el nombre de sofismas de equivalencia, se compone de sofismas que consisten en ejecutar mal las operaciones de inferencia inmediata, y principalmente la conversión, la obversión y la interpretación de las proposiciones condicionales y disyuntivas.

Propendemos á menudo á convertir *simpliciter* proposiciones que debieran convertirse *per accidens*, como pasa tratándose de las universales afirmativas. Tal conversión no sólo engendra sofismas logológicos, sino que también produce falacias silogísticas, como lo haremos ver más tarde. Confundimos también con mucha frecuencia con la obversión formal, que consiste, después de haber afirmado un predicado de un sujeto, en negar del mismo sujeto el predicado contrario, la obversión material, que consiste, después de haber afirmado de un sujeto cierto predicado, en negar el mismo predicado del sujeto contrario. En la parte de la Logología, en que hablamos de la obversión, nos hemos explicado sobre este error y la manera de comprobarlo ó prevenirlo.

En las proposiciones condicionales, la verdad del antecedente garantiza la del consecuente, mas la recíproca no es cierta, y sin embargo, se incurre á menudo en falacias, cuando se pretende probar ciertas proposiciones, haciendo ver que sus consecuencias son verdaderas.

En las disyuntivas la falacia más frecuente consiste en pre-



sentar como excluyéndose términos que no se excluyen en realidad. Ya se dijo al hablar de estas proposiciones como se impide ó descubre tal yerro.

§ 3.—El grupo de las falacias de incompatibilidad consiste en interpretar mal el grado de oposición que hay entre dos aseveraciones, de las que una afirma y otra niega, es muy común, por ejemplo, confundir la contrariedad con la contradicción, y aplicar á las proposiciones contrarias el criterio de las contradictorias. En la debatida y ardua cuestión del libre albedrío, los partidarios de la fatalidad de las acciones humanas concluyen, de que algunas sean inevitables, que lo son todas. Hemos tenido cuidado en la parte de la Logología que trata de la compatibilidad é incompatibilidad de los asertos, trazar reglas precisas que, definiendo este punto, pongan de manifiesto el error.

§ 4.—El grupo de los sofismas silogísticos está formado por los que consisten en violar las reglas del silogismo, y con él se cierra la clase de los sofismas logológicos.

Las reglas que más á menudo se violan son las que previenen distribuir el término medio, por lo menos en una de las premisas, y no dar, en la conclusión, á los términos extremos más extensión que la que se les hubiere dado en las premisas.

Dijimos que la mala conversión era manantial fecundo de falacias silogísticas, y así es la verdad; supongamos que alguien quisiera probar deductivamente que cierto individuo era honrado, fundándose en que se dedicaba asiduamente á sus negocios. Para lograr su intento le era preciso formular una proposición general cierta, que, aplicada al individuo de que se trata, condujera por medio de una noción que sirviera de término medio á la conclusión que se quería establecer.

Si la persona que suponemos escogía esta proposición fundamental: todos los hombres honrados se consagran asiduamente á sus negocios, incurriría en un sofisma silogístico, pues poniendo la argumentación en forma, advertimos que el término medio no se distribuye en las premisas.

No puede dudarse que el sofisma provino de que se convirtió mal una universal afirmativa. Para que el silogismo hubiera sido bueno, habría sido necesario decir: todos los hombres que se dedican asiduamente á sus negocios son honrados, mas,

por la gran tendencia que nos induce á convertir *simpliciter* las universales afirmativas, el argumentador operó así, diciendo: todos los hombres honrados se consagran asiduamente á sus negocios.

Suponed que una persona quiere probar silogísticamente que las serpientes son animales de sangre fría, se funda en que los mamíferos son animales de sangre caliente, y en que las serpientes no son mamíferos; poniendo el argumento en forma silogística, se ve que se ha incurrido en la falacia que da al término mayor del silogismo una extensión más grande en la conclusión que en las premisas, y examinando bien las cosas se descubre que la raíz del sofisma fué haber convertido *simpliciter* una proposición que debió convertirse *per accidens*, pues la mayor del silogismo que debió ser: todos los animales de sangre caliente son mamíferos, y que es falsa, se confundió con esta otra verdadera: todos los mamíferos son animales de sangre caliente. Ahora bien, aquella resulta de convertir *simpliciter* ésta.

Si las falacias silogísticas son muy frecuentes, son en cambio muy fáciles de descubrir aplicándole las reglas del silogismo.

### TERCER GRUPO.

#### PARALOGISMOS.

§ 1.—Vamos á estudiar ahora el gran grupo de falacias á que hemos dado el nombre de paralogismos, y que violan los preceptos de la nociotecnica analítica concibiendo mal las operaciones lógicas. Decimos concibiendo, y no ejecutando mal, porque esto último constituiría un simple error y no una falacia.

Para proceder metódicamente á la exposición de este grupo haremos las reflexiones que siguen. Existen en el entendimiento humano dos tendencias generales que, obrando ya juntas, ya separadas, se pueden descubrir en toda operación intelectual; la una consiste en un movimiento de generalización, que nos lleva de los hechos particulares á los grupos de